

El otro pedestal

NICOLÁS RODRÍGUEZ



DE TODAS LAS PALABRAS UTILIZADAS para referirse a lo ocurrido en Cali con la estatua de Belalcázar, una en particular es más importante que la propia escultura. No es “rabia” y tampoco “indignación”. Nisiquiera es “violencia”. O “raza”. O “conquista”. La verdadera protagonista es “vandalismo”.

La palabra estrella de esta y otras jornadas parecidas, como la de Popayán con otra escultura de Belalcázar, es evidentemente un lugar común. No solo denota el “espíritu de

destrucción que no respeta cosa alguna, sagrada ni profana”, como define la RAE la palabra “vandalismo”. Sino algo más mundano y arraigado en las mentes de periodistas, políticos, comentaristas y autoridades.

La palabra habla poco de quienes se supone que describe (los vándalos) y dice más de quienes la pronuncian (una banda que solo piensa en vandalismos). Es un comodín. Una idea mágica que permite cortar camino. Para no detenerse a mirar y tratar de entender aquello de lo que quieren hablar, lo más fácil es teclear “vandalismo”. Un trampolín al silencio. Un pedestal sin caballo ni héroes.

Un monumento a la nada, eso es el uso obligado, gastado y con seguridad devaluado de la palabra “vandalismo”. Una oda tan dra-

mática como depresiva al deseo de no darle ningún trámite a lo que se está describiendo. Es un ejercicio de cancelación por parte de quienes con seguridad serían los primeros en quejarse de la cultura de la cancelación.

A los indígenas hay que acompañarlos en sus reivindicaciones y saludarles el gesto. Es igualmente necesario tomar en serio la comparativamente ridícula cantidad de monumentos en los que se pueden ver representados. Las estatuas que siguen (esto no va a parar) podrían ser trasladadas a un cementerio de monumentos, como ya se hace en algunos países. O se podrían intervenir.

En fin, que los metan en museos si queda espacio después de acomodar a los que gritan “vandalismo”.

14 semanas

CATALINA URIBE RINCÓN



ESTE ES EL CORAZÓN DEL PROBLEMA. En Colombia 5.000 mujeres están denunciadas por el delito de aborto y 70 mueren cada año por abortos clandestinos. Las cifras son aproximadas. Quién sabe en realidad cuántas más mueren y cuántas otras quedan con daños irreparables en sus cuerpos. El Estado no las protege. Al contrario, la Fiscalía las persigue. De ahí, la petición a la Corte Constitucional para que nos dé 14 semanas para decidir sobre nuestras vidas y nuestros cuerpos. Se trata de un debate serio y espinoso. Pero el juicio de quien se ve más afectado debería primar sobre aquel de espectadores distantes. Y la conversación debería darse bajo el presupuesto de que la vida y la salud de las mujeres importan.

Además, 14 semanas tampoco es mucho. Más aún si se tiene en cuenta que los médicos no saben si contar desde el momento de la concepción o desde la suspensión del periodo. Pese a la rigurosidad casi asfixiante con la que se cuenta el tiempo en las mujeres embarazadas, con sus exámenes y tabletas —que muy grande el feto para ser de X tiempo, que muy chico para ser de Y—, lo cierto es que las mediciones temporales son relativas y aproximadas. Más o menos, en la totalidad del embarazo, la medicina se pifa regularmente entre dos y tres semanas. No es que “se le vino”, como dicen. Es que, “bien, bien”, los médicos tampoco saben en qué va el asunto.

El tiempo también es contingente en las medidas religiosas. ¿Exactamente cuándo posee el alma al cuerpo? Unos creen que la vida va en potencia en los espermias, de ahí que se prohíba la masturbación. ¿Y qué pasa con los óvulos? ¿Esos solo cuentan si se “enochan”? Un embrión pesa más o menos 14 gramos. El alma, al parecer, 21 gramos. ¿Llega el alma cuando el feto pesa 40? En la medida del tiempo, el contexto cultural es igual de caprichoso al religioso. Usar anticonceptivos es superrresponsable. La pastilla del día después también. Pero un poco más de eso y el aborto se hace reprochable e inhumano. ¿Cuánto más de eso?

Ahora bien, sin duda, algo pasa en algún momento. Cierta vez después de que el asunto “cuaja”. A medida que avanzan los días en su perfecta indiferencia, lo que no era nada comienza a ser. ¿Cuándo? No se sabe bien. Es muy gaseoso ponerle el dedo al asunto. Los médicos siguen aconsejando esperar a anunciar el embarazo hasta que transcurran más o menos de 10 a 14 semanas. Ir ilusionado, sí, pero con prudencia. El asunto todavía es muy frágil. El 85 % de los abortos involuntarios ocurren en este tiempo. La cosa es y no es. Puede que “pegue” como puede que no.

¿Por qué no darle este espacio también a la mujer? No para que ejerza su capricho. Abortar nunca es un capricho. Sino para que pueda decidir. Es solo un pequeño margen lo que se pide, un pequeño espacio que compense lo desproporcional del daño de un embarazo que la mujer juzga como inviable. Pasan al menos tres semanas para que la mujer siquiera se entere de que puede estar embarazada. Muchas más, para que lo marque el peso o la cintura. Menos, para el malestar y el dolor. El tiempo que marca el reloj es sólo un parpadeo en el tiempo subjetivo de la mujer. De nuevo, el aborto es un tema serio. Pero no ofrecernos siquiera 14 semanas para decidir sobre nuestro cuerpo y nuestra vida muestra una sincera falta de justicia, pero sobre todo de clemencia, compasión y amor.

Thumor



El paro y los hijosdalgo

JULIO CÉSAR LONDOÑO



EN BUENA HORA VUELVEN LAS MARCHAS, suspendidas desde de finales de 2019, cuando sacudieron con poderosas razones a Colombia (y al mundo!). Demasiado tiempo. Si los aviones y los buses urbanos van al tope con la bendición del Gobierno y el discreto silencio de minsalud, ¿por qué sería peligrosa una marcha?

Volvieron los indígenas a tumbar estatuas de etnocidas ilustres y volvió una polémica que ya estaba resuelta. Las estatuas de los conquistadores deben: a) reubicarse en museos, b) dejarlas en su larga quietud pero resignificarlas, teñir de rojo sangre sus espadas y sus cruces y poner en los pedestales las placas infames que se merecen.

Y volvieron nuestros amarillistas noticieros a privilegiar las imágenes de vandalismo sobre lo significativo: millones de personas expresaron pacíficamente su rechazo a una reforma tributaria que todo el mundo, incluido su autor intelectual, Álvaro Uribe, considera regresiva y fatal.

Nadie ignora que la línea gruesa de la reforma fue dictada por Uribe y que los deta-

lles los precisó el minhacienda Carrasquilla; ambos bailando al son de la batuta de Sarmiento, claro, y desoyendo las recomendaciones de los gremios y los partidos e incluso las observaciones de la comisión internacional de expertos que el Gobierno contrató. Ahora Uribe critica con vehemencia la reforma de Uribe y Duque llora sobre la leche derramada y llama a un diálogo nacional que será una continuación del curioso contrapunto del dúo Duque y Macías, el engendro que nació la borrascosa tarde del 7 de agosto de 2018. En el mejor de los casos, todo terminará en un maquillaje populista que dejará intacto el corazón del engendro: un paquete de medidas que golpea nuevamente a los más vulnerables (digamos el 90 % de la población) y mantiene intactas las gabelas del gran capital.

Nadie niega que la situación fiscal es crítica y que el país enfrenta desafíos inéditos en muchos frentes, sí, pero ¿era necesario orquestar la presentación de la reforma con la fanfarria de derroches faraónicos y prebendas suntuarias y el sainete de los huevos y los servicios funerarios?

Hay muchas formas de recursos que los gobiernos no tocan. Podrían desmontar las exenciones tributarias aberrantes; vender ISA, \$15 billones (pero venderla en serio, no cambiándola de bolsillo); vender el 10 % de Ecopetrol, otros \$15 billones; vender bien las

propiedades confiscadas a los narcos (\$40 billones mal contados) en vez de feriarlas a huevo entre los testaferros de los barones políticos; rescatar los \$18 billones de impuestos que producirían los \$300 billones que veranean en paraísos fiscales; renegociar el altísimo costo que suponen las intermediaciones de los bancos y las EPS con los dineros del Estado. ¿Será mucho pedir que el Gobierno atenúe la hemorragia de los \$40 o \$50 billones anuales de la corrupción? Sí, es mucho pedir. Esos dineros sí son sagrados.

Hace mucho tiempo que Colombia es una bomba de tiempo. No ha explotado en toda su potencia gracias a las revoluciones de los últimos 50 años, que han atomizado el poder, redistribuido un poco la riqueza y aliviado la presión social: las revoluciones guerrilleras, paracas y narcas y una que ha pasado de agache, la revolución de los contratistas. Pero la pandemia es un catalizador que multiplicó por mil la presión de la caldera. Para rematar, el líder número uno del país es un pirómano delirante y el número dos es una bomba él mismo.

Nota. Que alguien me explique por qué tenemos tantos millones de mestizos a los que les duele más la caída de la estatua de un conquistador que el asesinato de los indígenas. Escuchen, al respecto, la lección que un líder misak le asestó al hijodalgo Néstor Morales en Blu Radio.